

La Florida del Inca: historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del Reino de La Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios. Escrita por el Inca Garcilaso de la Vega, estudio, edición crítica, notas e índices (por) Carmen de Mora Valcárcel, México, Frente de Afirmación Hispanista A. C., 2021, 643 pp. ISBN: 978-04-614-8247-8

Fermín del Pino-Díaz

<https://orcid.org/0000-0002-3068-4533>

CSIC

ESPAÑA

fermin.delpino@cchs.csic.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 12.1, 2024, pp. 783-789]

Recibido: 02-10-2023 / Aceptado: 29-12-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2024.12.01.45>

Resumen. Se ofrece un análisis de la reciente edición de *La Florida del Inca* a cargo de Carmen de Mora Valcárcel (2021), destacando sus fortalezas y ofreciendo algunas sugerencias de mejoras parciales.

Palabras clave. *La Florida del Inca*; Inca Garcilaso de la Vega; edición.

Abstract. A review of the recent edition of *La Florida del Inca* by Carmen de Mora Valcárcel (2021) is offered, highlighting its strengths and providing some suggestions for partial improvements.

Keywords. *La Florida del Inca*; Inca Garcilaso de la Vega; Edition.

Debe reconocerse de entrada el mérito de esta empresa editora hispano-mexicana (Frente de Afirmación Hispanista A. C.), a cargo del escritor y editor de origen asturiano Fredo Arias de la Canal (radicado por largo tiempo en México), que tiene a sus espaldas numerosas ediciones de textos hispanos consagrados (como el propio *Cid Campeador*, germen de nuestra literatura vernácula). Desde su creación en 1968 concede una medalla de oro titulada José Vasconcelos, en favor de ediciones que han incluido ya obras dedicadas a Cabeza de Vaca, Juan de la Cosa, Américo Vespucio, Colón y al propio Hernán Cortés. Su labor editora se extiende al menos a 285 libros, según la red librera *Iberlibros*. En este caso, la medalla ha sido concedida por esta obra a la profesora sevillana Carmen de Mora, a quien se le impuso en Sevilla el último 12 de octubre.

En este caso, es resultado de un esfuerzo para ofrecernos una edición crítica de esta obra, que ya abordó ella misma con intenciones divulgadoras en 1988 en la editorial Alianza. Esta vez se acompaña de una extensa introducción de 150 páginas, que resulta ser —tal vez— el más completo estado de la cuestión disponible hoy en los aspectos biográficos, literarios e históricos referidos a esta obra indiana. Se repasa la temprana biografía cuzqueña del autor alrededor de sus padres, mencionando su formación inicial entre letras y armas, detallando con nombre propio sus doce compañeros de estudios (la mayoría mestizos como él: 10 de ellos), sus numerosas propiedades y actividades familiares en medio de una sociedad en crisis por las reformas lascasianas (desde 1542) en el campo de las encomiendas. Nos detalla el nombre de sus tres hermanas (de padre y de madre). Finalmente recurre a todo dato disponible, directamente o analizado por diferentes estudiosos, para esa etapa y para las etapas posteriores de su viaje a España, vía Portugal, y su larga residencia de 50 años en el campo y la ciudad cordobesas.

Se disecciona su conciencia de identidad cambiante, con el consiguiente cambio de nombre en los 60 (de Gomes Suárez de Figueroa a Inca/Garcilaso de la Vega), y todo el variado proceso creativo de su obra literaria, a partir del resultado negativo para sus inútiles reclamaciones de un premio real (1562/1563), basadas en los méritos personales de su padre y madre. La separación entre ellos dos a finales de los 40 no rompió nunca su urdimbre personal mestiza, ni el abandono de la tierra andina impide que continúen sus relaciones familiares (trayendo físicamente a su padre para enterrarlo en Sevilla) ni sociales, iniciando en los 90 un contacto epistolar con sus compañeros de estudios y amigos, que dura hasta su muerte. Incluso recibirá en Córbova al final de su vida la visita de algunos de ellos.

La autora se ubica disciplinadamente a caballo entre el gremio histórico y el literario para apreciar el proceso de escritura, valorando los aspectos identitarios para resolver el importante lado ficcional de esta historia. Es conocida la editora por resolver por esta vía identitaria el tema de la ficción, que tanto preocupó en vida al decano garcilasista José Durand (recuérdese el artículo «Garcilaso Inca jura decir verdad», que presentó en el congreso de abril de 1990, en Madrid). Incluso cabe apreciar como rasgo del punto de vista propio adoptado un equilibrio interpretativo en valorar los aspectos incásicos propiamente dichos, al lado de la influencia clasicista de origen europeo. Doble equilibrio final, por tanto, entre la literatura y la historia, y entre la sociedad de origen y la de destino europeo.

Debo reconocer asimismo el equilibrio logrado entre la visión biográfica habitual de la bibliografía garcilasiana (de tono psicológico, por ejemplo, por parte del maestro Porrás) y el énfasis de los análisis literarios ahora ofrecidos por C. de Mora, en los cuales se añade un natural componente lingüístico, producto de su especialidad disciplinar, pero sin desatender el factor contextual y, sobre todo, la intención moral —incluso filosófica— del Inca Garcilaso, que sabe aprovechar cualquier acontecimiento del relato para sacar una lección de vida: muchos capítulos concluyen con una moraleja, a veces apoyada en un refrán (recurso parecido al de Cervantes en el *Quijote*). Sin embargo, otros detalles biográficos suele analizarlos pormenorizadamente (el número de esclavos comprados por el Inca —media docena—, el amplio volumen de sus libros de lectura, el día preciso de su muerte y de sus cambios de nombre —hispano y andino—, su relación con otras obras propias (especialmente con los *Comentarios*), el uso preciso de citas clásicas —especialmente de Julio César— o de literatura medieval y moderna (Vives, Morales, Ariosto...), etc.

Hay en la introducción una búsqueda sistemática de fuentes para valorar algunos elementos curiosos como la fuente secreta de información garcilasiana acerca de *la Florida* —el personaje Gonzalo Silvestre— llegando a manejar los estudios minuciosos del aristócrata escocés Robert Cunningham Graham, que pocos hispanos usan en el caso de Garcilaso, al contrario que en la tradición intelectual argentina (donde pasó su juventud y comenzó su intimidad con los caballos españoles). Él ofreció además (con su novela *La Arcadia perdida. Una historia de las misiones jesuíticas*, 1901, traducida en Emecé editores, 2000) la base de historias misioneras jesuitas hoy populares como la narrada en la película *La misión* (1986). Además de su trabajo genérico sobre los caballos españoles de la conquista (no solamente en la Florida, citado finalmente por la autora), Graham fue autor de un libro específico (*Hernando de Soto; together with an account of one of his captains, Gonzalo Silvestre*, London, Heineman, 1903, citado a pie de página).

Durante todo el relato del Inca, la editora nos acompaña con notas que ubica los territorios recorridos (generalmente a base de estudios norteamericanos, especialmente el libro de Charles Hudson, *Knights of Spain...*, la fuente más fiable) las referencias a figuras o textos del pasado (clásicos o coetáneos), la definición de algunos términos arcaicos de acuerdo al *DRAE* y otros diccionarios (generalmente omitiendo su nombre), etc. Echamos de menos un índice final de términos arcaicos

empleados, dado que solo se atiende a la onomástica y los topónimos, porque la frecuencia de esos términos nos hubiera facilitado el acceso a sus íntimas concepciones, acerca de la vida y la literatura. Llamamos la atención hacia la frecuencia con que son alabados los pueblos floridanos, especialmente sus caciques, con el término clave de *policía*. Esta escala humanista de valores le une más de lo que se piensa a la obra de Mártir, Gómara y Acosta, centrales en la estrategia cultural de la crónica hispano-americana (que tiene un desarrollo más autónomo y peculiar de lo que se suele reconocer, a pesar de su deuda con el humanismo italiano).

Creo destacable, como su punto de vista preferido, el afán reiterado en considerar la obra floridana del Inca como una apuesta por homologar a cristianos y floridanos como sujetos de cultura, inspirada —si no en la línea lascasiana, como quieren algunos— en la línea más moderada de los jesuitas (se reitera en esta obra su relación con autores representativos para el Inca como el P. Acosta, cuya influencia destaca de una forma que suele escasear entre garcilasistas, a pesar de la insistencia del distinguido alumno de Porras, don Carlos Aranibar, y de varios artículos míos, uno de ellos publicado por la autora en 2010)¹.

Ya en el título mismo de la obra comentada insistía el autor en esta homologación cultural, al precisar que va a tratar de «heroicos caballeros, *españoles e indios*» (introduzco la cursiva junto a una coma, útil para marcar la intención homogeneizadora del autor). Merece la pena distinguir este uso integrador y fundamentalmente respetuoso del Inca, por contraste con otras versiones coetáneas de parte de oficiales militares españoles (Hernández de Biedma y Rodrigo Rangel, enemigo del general Hernando de Soto, a quien José Durand considera un secretario 'infame' por ello, en su conducta doble e interesada), y el hidalgo portugués cuyo nombre ignoramos fuera de su topónimo originario, la villa de Elvas (cuya versión portuguesa fue la única publicada entonces, 1557, y hoy está traducida popularmente en la colección Austral de Espasa-Calpe, núm. 1099, 1952).

La autora se hace eco de estas versiones, que valora con detalle a efectos comparativos, e incluso da la debida importancia al componente portugués del propio relato del Inca, recogiendo de cuando en cuando las versiones de tres soldados hispanos (Gonzalo Silvestre, Juan de Coles y Alonso de Carmona, dispersas a lo largo del relato garcilasiano), y comparando por su cuenta especialmente con el relato del hidalgo de Elvas, que no pareció conocer el Inca. Con cierta reiteración alude

1. Aunque es citada la edición de Aranibar sobre la Florida en 2015, como precedente editorial, conviene añadir que ahí se nos ofrece además un modelo de puntuación inteligente a tener en cuenta, aparte una sustanciosa presentación (si bien opina crudamente —de pasada— que Garcilaso se inclina personalmente del lado cristiano). Ver sobre Acosta y Garcilaso, Fermín del Pino, «Mestizos americanos y conversos hispanos, ¿posibles aliados?», *Humanismo, mestizaje y escritura en los Comentarios reales*, ed. Carmen de Mora, Guillermo Serés y Mercedes Serna, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2010, pp. 275-293. Ese mismo año, en otro congreso americano compartido con la Dra. De Mora, insistí en la relación Acosta-Garcilaso: ver «¿Dignidad cultural o proto-identidad cristiana de lo inca? Acerca del sentido preferente de los 'comentarios' garcilasianos al P. Acosta», en *Renacimiento mestizo: los 400 años de los «Comentarios reales»*, ed. José A. Mazzotti, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2010, pp. 51-77.

a la influencia fonética del portugués en ciertos términos recogidos en la crónica, así como la frecuencia con que intervienen soldados portugueses, numerosos en el ejército de Soto (es posible que se deba al patrocinio de la emperatriz Isabel de Portugal, 1526/1539). No se sabe si estos referentes portugueses se deben a los copistas lisboetas, o al afán garcilasiano de agradar a los duques de Bragança, a los que se dedica esta obra (1605) y enseguida los *Comentarios reales* (1609). Alguna alusión suya revela interés particular del autor, como la que se hace al capitán Andrés Vasconcelos de Silva, «de la nobilísima sangre que destos dos apellidos hay en el reino de Portugal» (libro V2º, cap. 7).

Quiero referirme de pasada a algunos énfasis que se hacen por la autora a lo largo de la introducción y el proceso anotador, que merecen comentario especial (romanismo, idealismo caballeresco a lo don Quijote, indigenismo, codicia del oro, afán poblador, valoración natural, comparación con los *Comentarios reales* y con la historia y naturaleza peruana, etc.). Carmen de Mora ha resaltado otras veces la deuda del Inca con los humanistas, especialmente andaluces (como autora en «La amistad del Inca Garcilaso con los humanistas de Córdoba», y como editora en *Humanismo, mestizaje y escritura en los «Comentarios reales»*, ambas en 2010) y aquí en el relato garcilasiano de *La Florida* tiene ocasión de marcarlo porque sale a flote su devoción con el propio Julio César o Trajano, con historiadores como Plutarco o Tito Livio, aunque se refiere asimismo a las hazañas españolas o floridananas, como iguales o incluso superiores a las antiguas. Esta valoración presente real frente al pasado conocido (al menos al nivel de los hechos, si bien no de los relatos, destacada como característica del humanismo hispano por autores como Maravall, 1966) le lleva a relacionar *La Florida* con el mundo de las novelas de caballerías, en numerosas notas que destacan esta conexión, formal o referencial. Ha llegado incluso a conectarse con el propio don Quijote por algún autor como Hugo Rodríguez-Vecchini («Don Quijote y *La Florida del Inca*», 1982), basando su argumento en la conciencia reiterada de autor y en la obsesión de verosimilitud de ambos), pero nuestra autora no llega a tanto, a pesar de reconocer sus paralelismos (sucesos admirables, milagros, presencia del diablo, modos caballerescos con el enemigo...) y una coincidencia temporal precisa (1605). Creo que la elegancia alambicada de su prosa, los discursos enfrentados de ambos lados (del cristiano y el indio) y la mención reiterada del término *político* y *policía* (la palabra más repetida en el libro III, alrededor de la figura de la ilustre y bella señora de *Cofachiqui*, vecina de la provincia de los Apalaches) avalan esta comparación de identidad literaria. Ligado estrechamente al tema de la caballería y al nivel político se halla el problema del honor y espíritu aristocrático que sustenta la organización española e indígena, en opinión del Inca:

[...] favoreciendo y socorriendo con obras y palabras a los que le habían menester. De los cuales hechos deben preciarse los que se precian de apellido de caballero e hijohidalgo, porque verdaderamente suenan mal estos nombres sin la compañía de las *tales obras*, porque ellas son su propia esencia, origen y principio, de donde la verdadera nobleza nació y con la que ella se sustenta, y no puede haber nobleza donde no hay virtud (lib. III, cap. 30, cursivas nuestras).

Ahora bien, al contrario que la sociedad incaica rescatada en sus *Comentarios reales*, la mayor parte de las sociedades floridananas son capaces de resistirse a los cristianos por la fuerza, con la ayuda de sus arcos y flechas, sobre todo cuando los 'caballeros' españoles carecen de caballo, o no pueden usarlos (en el agua o en el monte cerrado, que tanto predominaba en el paisaje floridano). No hay un imperio floridano que gobierne sobre los otros ni un principio imperante de gobierno pacífico, como en el caso peruano; pero es curioso que tenga a la mano una continua comparación con la flora peruana (por ejemplo, nombrando *zara*, al modo peruano, al maíz de la Florida), aunque generalmente recoge más los parecidos que sus diferencias con el caso incaico (que por ello estaba especialmente 'predestinado' a la evangelización).

Por último, en cuanto a los criterios ecdóticos, tenemos mucho que alabar, y alguna sugerencia que hacer. En la elección del ejemplar de la *princeps* conservado en la Biblioteca Nacional, con fe de erratas, sigue el ejemplo inspirado de Sylvia Hilton (1986) de incluirlas en su establecimiento textual, como reconoce en la introducción; aunque creo que respeta más que S. Hilton la paleografía original que tiene relevancia fonética (principio ecdótico de la escuela navarra de GRISO), y moderniza más la puntuación y separación de párrafos. Aun así, creo que nos ofrece párrafos muy largos de varias páginas (tanto en su introducción como en el texto del Inca) para nuestro gusto, y nos hace recordar el procedimiento de C. Aranibar (2015) incorporando nuevos guiones y paréntesis que articulen los repetidos párrafos que el Inca Garcilaso añade reiteradamente, al principio o final de la oración principal. Estas sucesivas oraciones compuestas del Inca, sin aparente puntuación separadora —a imitación del propio Cervantes o de autores cercanos como Javier Marías— necesitan una cuidada puntuación moderna que ayude al lector a seguir el hilo narrativo. La mayor parte de estas repetidas interrupciones internas del discurso garcilasiano trata de incorporar la propia vivencia o los recuerdos de autor, lo que caracteriza la modernidad narrativa del *Quijote*: logrando así comunicarnos —al mismo tiempo que sus propias sensaciones— una dosis mayor de credibilidad y verosimilitud argumental.

Al medio millar de notas, repartidas en los ocho libros del Inca le acompañan una treintena de 'notas complementarias', algunas de una extensión de varias páginas, con variada intención: aclaran alguna referencia, dicen una alternativa interpretativa o contextualizan alguna afirmación del texto (son notas que prolongan las notas previas al pie). En ellas se agregan nuevas razones para defender la propia interpretación editora acerca de numerosos portuguesismos, o incluso de contagios de un género muy extendido en España (y negado por el Inca con sospechosa petición de exención de culpabilidad: *excusatio non petita...*), las novelas de caballerías. No sólo se habla continuamente de caballos, sino del honor caballeresco (que incluye un respeto por el enemigo desconocido en la literatura clásica), y se aduce una moral de servicio público, que los otros relatores de la aventura de H. de Soto contestan de plano, al relatar algunos abusos sobre la población vencida.

Y, por último —*last but not least*— en las notas se nos ofrecen muchos datos sobre las localidades floridananas mencionadas por el Inca, pero de forma incontrolable para el lector, sin ayuda de imagen. Por eso, echamos de menos un mapa del largo y tormentoso recorrido territorial de Soto sobre la extensa parte suroriental de los Estados Unidos, que aparece en algunas informaciones de Google sobre la expedición de Soto, generalmente tomadas de investigadores norteamericanos. Afortunadamente, disponemos de diversas propuestas en Internet, y especialmente un mapa online a color (distinguiendo las fases del viaje coordinadas por Soto y las posteriores, dentro y fuera de EE.UU.), elaborado por José Antonio Crespo-Francés, que podría usarse por parte de un lector avisado.

Para concluir, aparte numerosas propuestas interpretativas de esta edición, yo destacaría la sencillez y claridad con que están incorporados en el texto introductorio los numerosos datos, producto de sucesivas lecturas y estudios, propios y ajenos.